

## TÚ, YO Y EL ALZHEIMER.

A un lado y al otro de la modesta población situada en el centro del valle se erguían altas y escarpadas montañas cubiertas de una densa masa de oscuros abetos. En el lugar reinaba un profundo silencio mientras llegaban los primeros rayos de sol del amanecer. No hacía mucho que el lugar había empezado a perder la capa de nieve que lo cubría, pues ya llegaba la primavera.

A esa hora, la actividad en el pueblo empezaba a surgir, las chimeneas empezaban a echar humo al ser cargadas de leña por primera vez desde la noche anterior y casi por última en cuanto a la estación del año y, con un profundo bostezo, me levanté al escuchar el repiqueteo del fuego en la estufa. Después de ponerme unas zapatillas y una manta por encima, me dispuse a darle los buenos días a mi abuela, que seguramente ya estuviera preparando el desayuno para que no llegara tarde a la escuela.

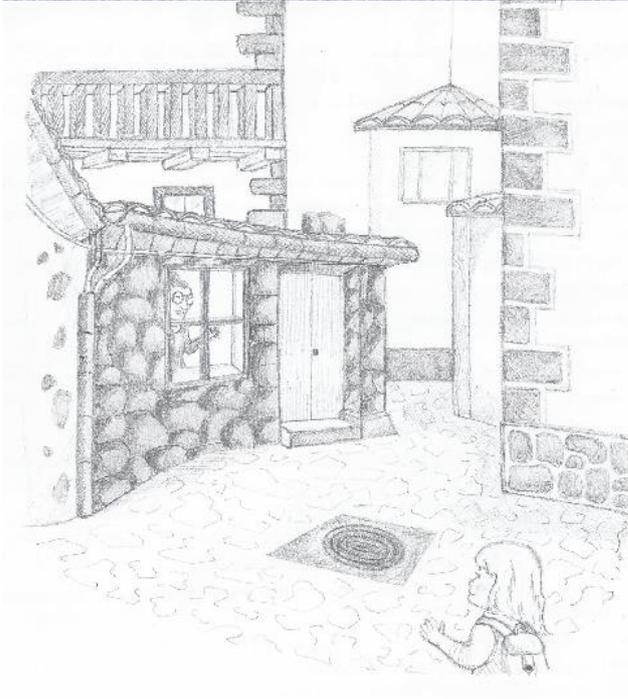


Yo y mi abuela Rosa vivíamos solas en la pequeña casa desde que mi madre tuvo que irse muy lejos por motivos de trabajo.

-Buenos días ,abuela, dije. ¿Te ayudo?

-No hace falta, Marta.

Pensé: ¡qué tonta la abuela!, ¡si Marta es mi madre!; pero por supuesto un despiste lo tiene cualquiera, yo la primera, que no había mirado el reloj y tuve que salir corriendo para llegar a tiempo a la escuela esa mañana.



Tres semanas después, el tiempo era más apacible y ya no era necesario ponerse abrigo encima del jersey, pues los rayos del sol incidían con más fuerza en las llanuras del valle, y el helado cauce del río ya no estaba helado y ya no se podía cruzar de un lado al otro de este por encima de la gruesa capa de hielo, sino que había que desviarse más arriba hasta llegar al puente. Esto me puso muy contenta, pues la semana pasada, la abuela me prometió que en cuanto el hielo empezara a desaparecer del río, las dos iríamos a pescar, y, ayer mismo, sacó las cañas, anzuelos, hilos y demás instrumentos de pesca con intención de ir la jornada siguiente; así que estuve impaciente desde que me desperté y deseaba que la escuela acabara pronto. Nada más tocar el timbre de salida, fui corriendo a casa, no había tiempo que perder esa tarde.

Abrí la puerta y entré en casa con una amplia sonrisa, que se desdibujó al no encontrar a mi abuela por ninguna parte, y que se convirtió prácticamente en una mueca cuando vi la nota escrita por el puño y letra de mi abuela encima de la mesa de la cocina:

-Clara, hoy tenía la tarde libre y he ido al pueblo de al lado a comprar unas cosas, volveré a la hora de cenar, tienes la comida preparada. Besos.

¿Cómo podía ser que la abuela hubiera olvidado el primer día de pesca del año? Ese día era de mis favoritos, solo por detrás de mi cumpleaños y del día en el que mamá venía de visita cada mes; y sabía que a la abuela también le encantaba, pues ella me había enseñado. Me sentí muy decepcionada, ese día era especial, así que el resto de la tarde no hice más que aburrirme hasta que llegara la hora de cenar y la abuela me diera explicaciones.

Con la última luz del día, la abuela llegó a casa, y después de escuchar mis quejas se disculpó con gran tristeza, no se explicaba cómo había podido olvidar nuestros planes. Al día siguiente los retomamos y fue realmente entretenido; y lo mejor fue cenar pescado a la brasa, sin duda.

El verano había llegado, los niños se bañaban en el río y jugaban con la pelota por las calles, y aquel era un día estupendo para visitar la piscina que había en el pueblo de al lado, algo que la abuela había hecho todos los veranos desde que tenía uso de razón, y cuando tuvo edad suficiente sus padres le permitieron ir sola por los atajos que le enseñaron. Cuando me lo propuso acepté con una gran sonrisa y rápidamente estuve preparada para la caminata que nos esperaba.

No era la primera vez que iba con la abuela a esa piscina, y siempre admiré cómo ella escogía los caminos que había que tomar cuando surgían bifurcaciones totalmente sin pensarlo. Pero aquel día fue diferente, cada vez que el camino se separaba, parábamos durante unos segundos y después continuábamos nuestra ruta.



Estos pequeños despistes se volvían más y más habituales en la vida de mi abuela durante los siguientes años, hasta que empezaron a parecerme más que despistes desde que empezó a ponerse ropa de invierno en verano o un sombrero muy llamativo junto con un triste vestido negro, o aquella vez en la que ordenó el armario y dos horas después volvió a hacerlo.

El desencadenante de mi preocupación fue cuando la abuela empezó a gritar:

-¡Señor, váyase de mi casa!

No di crédito, en la casa no estábamos más que las dos, y la abuela me miraba a mí.

-¡Abuela!, ¡soy yo!, ¿con quién estás hablando? - dije.

Ella pareció darse cuenta de lo que había pasado, y con tristeza se echó a llorar y añadió:

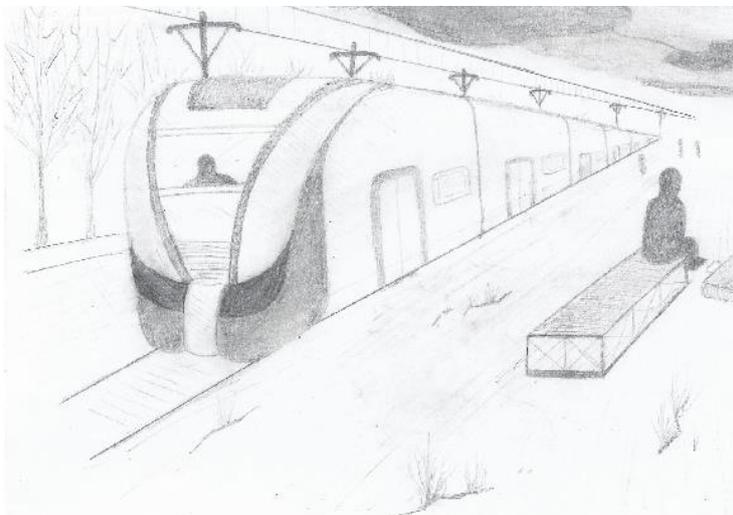
-Lo siento, Marta, últimamente se me va la cabeza.

Es cierto que la abuela recordaba fechas, acontecimientos, nombres... Pero yo estaba segura de que en otros aspectos había perdido la memoria. Una tarde de otoño, entré en casa después de terminar los deberes con una amiga, y encontré a la abuela hablando en dirección al sillón que tenía enfrente, supuestamente con su hermano Manuel, que había muerto hará veinte años. Cogí el teléfono y llamé de inmediato para pedir cita con el médico de la ciudad más cercana.

Dos jornadas más tarde, con la difícil aceptación de mi abuela, ambas encaminamos rumbo a la estación de tren. Llevábamos un paso poco firme, yo por la preocupación y mi abuela por un motivo no determinado, su movilidad había empeorado y en ocasiones no podía ni coger los cubiertos con normalidad.

Caía una fina llovizna pero de entre las nubes no entraba ni un solo rayo de sol, el clima estaba acorde con mis sentimientos, era la desolación misma, una profunda tristeza por el qué pasaría, si la abuela estaba bien, si volvería a acordarse de mí a diario y no solo de vez en cuando. Una cosa tenía clara, fuera lo que fuese lo que le estaba pasando a la abuela, yo siempre la querría como había hecho siempre, y al pensar en ella no encontraría a la persona que últimamente vivía en su cuerpo, sino a la persona cariñosa y atenta que había sido unos años atrás, esa persona valiente que me había enseñado a pescar y a otras muchas cosas y que había cuidado de mí desde muy pequeña. Ahora los papeles se intercambiaban, yo sería quien cuidaría a mi abuela a partir de ahora, no hacía falta que me lo confirmara un médico para saberlo.

El tren hizo tantas paradas que para cuando llegamos a la ciudad se veían los últimos rayos de sol del atardecer y las luces se encendían progresivamente a medida que la luz desaparecía. Por suerte, la consulta del médico no había cerrado todavía y nos atendió no sin refunfuñar primero por la hora que era.



Después de contarle al doctor todos los sucesos desde el principio hasta el final, con todo detalle, mi peor temor se hizo realidad cuando dijo:

-Por lo que me cuentas no me cabe duda de que tu abuela tiene la enfermedad del Alzheimer, lo siento.

Después añadió: por la cara que has puesto imagino que no sabes lo que es el Alzheimer, pero también imagino que quieres saberlo. Aún eres muy joven, así que te lo explicaré de una forma que puedas entender.

Yo asentí y vi que la abuela parecía preocupada, a pesar de que últimamente no mostrara muy bien sus emociones. Esto era importante y ella lo sabía, aún quedaba parte de mi abuela en aquella persona, un ápice de ánimo.

Él prosiguió: -Lo más probable es que ya sepas que tu cerebro funciona enviando señales, los mensajeros químicos permiten que tus células hablen entre sí; pero una persona con Alzheimer tiene menos mensajeros, también tiene depósitos de sustancias en el cerebro que impiden que las células trabajen adecuadamente, después estas encogen y se acaban muriendo. Es decir, el cerebro se va degradando y como consecuencia llegan los síntomas que has visto en Rosa, ya que él controla las funciones del cuerpo. No sabemos la causa y desgraciadamente no existe una cura.

Yo, con una expresión más que preocupada, respondí: -¿Me está diciendo que no hay nada que pueda hacer para ayudar a mi abuela?

A esto finalmente contestó: -Mira Clara, me encantaría decirte que con una pastilla mágica tu abuela volverá a ser la de antes, pero ya eres lo suficientemente mayor como para comprender que no puedo hacerlo. Te daré medicamentos que ayudarán a retrasar que empeore, pero no podemos evitarlo. A pesar de esto, hay algo que tú puedes hacer para ayudarla: quererla mucho.

Lo sabía, ya lo sabía, quererla era algo que siempre había hecho y siempre haría.

De vuelta en nuestro pequeño pueblo la vida siguió transcurriendo con normalidad, mi madre había vuelto al enterarse de la noticia, tuvo que dejar su trabajo pero no tardó en encontrar otro más sencillo en el pueblo. Entre madre e hija cuidábamos a la abuela, y en vez de preocuparnos por sus despistes, empezamos a reírnos de ellos y entendimos que, con Alzheimer o sin él, la abuela era la misma.

Empecé a dormir tranquila, escuchaba el viento entre las ramas de los árboles que me mecía hasta que el sueño empezaba a hacer efecto en mí. Puede que de aquí a muchos años, o quizá antes, yo también enfermaré como mi abuela, pero era algo que había que aceptar, y me conformaría con que alguien me quisiera como yo lo hacía con mi ella.